

Pasto verdegris cielo.

Un capullo de káluzz se abre en el horizonte.

Montaña lejana. Frío.

Amanece sobre Faidir.

Gotas nocturnas resbalan sobre las chozas de barro blanco y salpican el rostro de la abuela.

*Tesoro casto de mi vejez*, piensa vagamente mientras dirige los ojos hacia el cubículo donde duerme su nieto.

*Te quiero, abuelita.*

La caricia de la mente semidormida llega hasta ella. El abrazo se transforma en ondas que se hunden en su cuerpo por breves instantes. Desde su nido siente las palpitantes carnes del nieto, sus temblorosas arterias, sus agitados músculos... La abuela lo besa en algún lugar cercano al corazón.

«Pronto llegará el Día del Frontispicio», recuerda ella. «Debo prevenirle sobre las barreras».

A lo lejos vuelan las bandadas de magos. Esparcen por el mundo el polvo de sus alas viejas, sucias por las rutas de tantos siglos.

La anciana se levanta del lecho. Es hora de evocar las hazañas de sus antepasados, que hace tiempo impidieron la entrada de los invasores cuando estos pretendían cruzar el umbral de Faidir. Con grave respeto abre sus tres bocas, pero solo dos de ellas susurran el himno. El canto surge borboteante y ancestral, como el eco de las cascadas contra el muro del castillo Bojj. Hay un olor a baladas antiguas que despierta en el nieto la memoria del pasado, aún oculto en el fondo de sus genes, pero la voz del pequeño interrumpe la canción:

—Abuela, ¿cuándo seré adulto?

Ella lo mira desde la puerta, ahuecadas las alas bajo sus laboriosos brazos.

—Pronto, Ijje, faltan algunos meses.

—Y entonces, ¿podré conocer la Frontera?

La anciana peina las plumas que se desbordan sobre los hombros del chico.

—Conocerás todas las Fronteras. Sabrás de tus ancestros y tus descendientes; verás lo que fue y lo que será, también lo que pudo ser y lo que pudo evitarse... Nada quedará oculto a tu visión.

Ijje permanece en silencio, intentando comprender cuanto ha dicho ella, pero no es fácil imaginar el significado de tantas abstracciones, aunque contengan la clave del futuro.

—¿Qué haremos hoy?

—La aldea marcha hacia el sur. Se acercan las hordas de los jumene. Buscaremos refugio en el bosque, cerca de la Aldea Inmóvil. Por décima vez en la historia, los magos nos dejarán pernoctar en su círculo mágico.

—¿Por qué debemos huir siempre, abuela? —protesta—. No molestamos a nadie.

—Los jumene están rabiosos desde que fueron sellados los pasos hacia otros mundos.

—¿Pero eso ocurrió hace cuatro siglos!

—Nunca lo han olvidado. Muchos aseguran que, cada cierto tiempo, la furia se apodera de sus jefes como una epidemia, y nosotros, los descendientes de quienes una vez les cerraron la entrada, debemos huir.

Escarcha derritiéndose sobre la yerba.

Sol temprano calor.

Nubes astutas que buscan otros valles donde arrojar su fértil esperma.

—¡Es una vergüenza! —chilla Ijje—. Los abuelos de tus tatarabuelos los arrojaron a mordidas de los umbrales prohibidos, y ahora esos pordioseros nos sacan de nuestras propias tierras. ¿Es que no queda valor en Faidir?

La abuela sonrío con disimulo.

—Tu madre siempre dijo que serías la reencarnación de Semur.

El rostro de Ijje se oscurece.

—¿Quién es Semur?

—El primer guerrero de los zhife. De todos nuestros jefes, Semur fue el más osado, el más inteligente. Tu madre logró verlo una noche de su adolescencia, mientras cruzaba un muro temporal.

Los tres ojos de Ijje se abren desmesuradamente.

—¿Qué es un muro temporal?

—Uno de los secretos que conocerás en tu mayoría de edad. Ahora solo puedes ver el presente y recordar con cierta claridad aquello que te sucedió a ti mismo, o quizás a algún antepasado. Pero cuando atraveses los muros temporales, cuando logres disipar la barrera que separa los acontecimientos pasados y futuros, podrás ver con tus propios ojos todo cuanto haya ocurrido y ocurrirá.

Ijje no entiende bien ese galimatías. Únicamente los objetos resultan reales para él.

—¿Dónde están esos muros?

—Dentro de ti.

El chico pasea la vista por sus largas extremidades, mira sus manos y abre lentamente las alas.

—Es inútil buscar con la mirada —advierte su abuela—. Los muros son invisibles y solo la mente puede derribarlos.

Aire de tantos olores: tempranaldea que despierta.

Las voces inundan el viento y salen a volar por la llanura.

—Se hace tarde —continúa ella—. Apenas hemos recogido las cazuelas y debemos partir antes de la sexta hora.

—Muchos duermen todavía —dice Ijje, elevándose unos aleteos por encima del suelo para ver mejor las chozas silenciosas.

—Poco tendrán que recoger, pero nosotros debemos llenar cuatro cofres de reliquias y dos de objetos personales. Las bestias tienen hambre y aún no hemos arrancado los frutos.

—¡Bien, bien! —exclama Ijje, abrumado por tantas cosas—. ¡No te preocupes! Yo lo haré.

Y comienza a desempolvar las espadas mohosas, a doblar las cotas labradas y a envolver los jarrones de vidrio. Llena los baú-

les hasta rebosar sus topes, que luego son rápidamente sellados. El chico ha respetado el orden y la clasificación en que deben guardarse los objetos. En el cofre rojo están las armas de bordes peligrosos: dagas, lancetas con receptáculos para ocultar veneno y escudos de varias formas; en el cofre azul, las ropas que cuentan la pasada gloria de sus ancestros: capas rodeadas por espesas pieles, vestidos femeninos, calcetines largos según la moda de antaño, sombreros, varoniles rodilleras de matiz rojo subido, capuchones de cuero, guantes y vaporosos velos; en el cofre negro, objetos que ya no se utilizan desde hace siglos: cortinas, cuadros, herramientas de uso ignorado, estuches de cuero, lamparitas, flotadores para aprender a volar, bolas de superficie frágil y opaca, lustradores de plumas; por último, en el cofre blanco, están los libros que narran la historia y los sueños de los zhife: testimonios sobre conquistas dimensionales, leyendas, baladas de trovadores anónimos, cantos infantiles, adivinanzas, poemas, rezos...

Ijje estira las alas con fatiga. Quedan por llenar los baúles personales, pero prefiere comer antes. Aún no ha desayunado y la jornada se presenta fatigosa.

Su abuela saca del horno panecillos del tamaño de un puño, los humedece con miel y dulce de fruta; después sirve una jarra de leche fermentada, en la cual deja caer varios trozos de cañadulce. Arrastra un banco y susurra:

—Ya puedes merendar.

Ella misma sirve los panecillos untados con leche. El zhific se dedica a comer con fruición el refrigerio, vaticinio de un largo viaje.

Mientras tanto, la anciana sale al patio y, con vuelo lento en torno a los sembrados, escoge las mejores frutas para arrojarlas dentro de una mochila. Enseguida se dirige a la cueva donde aguardan las bestias. Los vartse tiran de las amarras y agitan sus enormes alas, cocean con furia sobre la tierra polvorienta y sus gritos se escuchan a gran distancia. Ella sacude el cargamento ante las fauces babeantes, y los ve comer hasta que su mente percibe la señal del hambre satisfecha. Una vez más se dirige a los

campos. Llena el bolso, cuyo peso le impide volar, y regresa cargada con frutos, viandas y algunas yerbas. Cuando llega, Ijje ha terminado de cerrar el último cofre y ya coloca el sello familiar.

*Corazón mío.*

Sus pensamientos han volado sobre la cabeza del nieto, que siente crecer la oleada de cariño.

*Acabaré pronto.*

Y con eso, Ijje rechaza suavemente la costumbre que tiene su abuela de interrumpir aquello que él está haciendo. La sabe huérfana de hija, no tiene hermanos ni otra familia. El chico es su único sostén y compañía, pero se niega a ser tratado como un recién nacido. Pronto llegará a la mayoría de edad, y la carne rebelde de la adolescencia ha despertado en él con el espíritu de sus antepasados.

—Tenemos bastante comida para el viaje —anuncia la anciana.

—Los cofres son pesados —observa él—. ¿Comieron bien los vartse?

—Creo que presentían la partida —decide ella, recordando el placer emitido por los animales.

—Luego iré a verlos. —Y se concentra más en su trabajo.

Pétalos rotos se disuelven en la brisa que baja de la montaña, y su licor se esparce por el valle mientras las aves cantan —sonidulce entre tantos murmullos— su cascada de arpegios luminosos.

Los cofres han sido sellados; los alimentos, separados, limpios y cocinados según su condición; los vartse se mueven inquietos y satisfechos. La choza está lista para ser abandonada. Nada queda por hacer, excepto esperar a que asome el segundo sol. Ijje repasa con la vista la explanada, donde pulula la actividad.

—Edaël no tardará en salir. Quizás en una hora podamos marcharnos.

Se sienta sobre un baúl y la abuela lo imita.

—Estoy cansado —se queja.

—No deberías. El viaje será peligroso con tantos jumene en acecho.

—Pero los magos...

—Ellos no intervendrán en ningún asunto que ocurra fuera de los límites del bosque. Debemos cuidarnos por nuestros propios medios hasta llegar.

Afuera, los zhific corren de un sitio a otro, llevando y trayendo encargos de sus padres. La aldea se mueve con el hervor de un arroyo sulfuroso.

—¿Qué haremos hasta la salida? —pregunta el nieto.

*Querernos.*

La respuesta emocional de la anciana llega a Ijje, a pesar de la indiferencia con que ella responde en voz alta:

—Contar historias.

*Y cuidarnos.*

No puede evitar que temores más profundos afloren a su imaginación adolescente, irrumpiendo en la mente de la abuela. Sin embargo, dice con tranquilidad:

—Buena idea.

Ambos se esfuerzan por acallar sus espíritus con el fin de evitar nuevas emisiones psíquicas. Finalmente la voluntad se impone y la paz protege sus corazones.

—Escucha —dice la anciana—, voy a contarte una historia tan extraña como los Tiempos Heroicos y, sin embargo, tan real como los vartse que ahora descansan en la cueva. Comienza así...